

dad de hombres y mujeres que viven juntos en una magnífica y espaciosa casa situada á la entrada de un lugar llamado Zast. Quiso el Baron ver aquel establecimiento digno por tantos títulos de excitar la curiosidad de un viajante. Llegó á Zast á las tres de la tarde, y uno de los administradores de la casa se encargó de hacérsela ver. Era este administrador un antiguo Hermano Moravo que hablaba muy bien el frances, y que satisfizo con mucha urbanidad á todas las preguntas del Baron. Despues de haber visto este las salas de las mujeres y las de los hombres, preguntó á su conductor si los *Hermanos Unidos* recibian indistintamente entre ellos extranjeros de todas naciones. Sí, señor, replicó el Hermano, *de todas las naciones cristianas*. — No obstante, Vds. son calvinistas. — Es la religion que domina; pero se toleran todas las demas sectas. — ¿Qué piden Vds. de los que admiten en esta casa? — Pureza de costumbres, amor al trabajo y á la paz. — ¿Se admiten tambien á los casados? — Sí, señor: ademas de las salas que Vd. ha visto hay otra parte de habitacion separada para los casados: cada matrimonio tiene un cuarto bastante capaz y decente. — ¿Es necesario para ser admitido saber algun oficio? — Sí, señor, ó bien alguna habilidad útil, como, por ejemplo, saber dibujar, grabar ó pintar, y ademas necesitan algun dinero para los primeros gastos. No se piden habilidades ni práctica de oficio á las personas que tienen pension, esto es, que viven aquí pagando un tanto sin la necesidad de trabajar. — Es regular que tomen Vds. informes acerca de la conducta de los que quieren ser admitidos. — Seguramente, á no ser que uno de los administradores salga por fiador del que desea vivir con nosotros. Esta mansion feliz y pacífica es un asilo seguro contra la tiranía: cualquiera que se ve perseguido en su patria puede, mudando nombre y dirigiéndose á alguno de los antiguos con alguna recomendacion, ser admitido entre nosotros y vivir el resto de sus dias ignorado y en paz. Así es, que esta casa habrá servido varias veces de refugio á la virtud desgraciada, y los amantes perseguidos. Ademas se halla aquí el mayor de todos los bienes, que es una entera libertad. Ningun voto nos liga, ni hay violencia que nos detenga contra nuestra voluntad; somos dueños de viajar, de volver á esta casa, ó irnos de ella para siempre; pero ahora venga Vd. á ver, prosiguió el administrador, lo mas curioso de nuestro establecimiento.

Estas últimas palabras distrajeron al Baron de la cavilacion en que estaba habia un rato, y le hicieron que siguiese á su conductor, el cual le llevó á las tiendas. Todo el primer piso de aquella espaciosa casa está únicamente destinado para las tiendas, en las cuales se ven los diferentes oficios en que se emplean los Hermanos y Hermanas. El aseo, y primor de las tiendas es digno de notarse; se halla en ellas de todo: obras de platero, paños, lienzo y telas, zapatos, muebles, porcelanas y pinturas, etc.¹ Las habitaciones de los Hermanos y Hermanas estan encima de estas tiendas.

Mucho le admiró al Baron la brillante y varia perspectiva que formaba aquel gran número de tiendas. Al salir de la de un ebanista pasó junto á la de un pintor y entró en ella. Un niño de ocho años sentado junto al mostrador era la única persona que habia en la tienda. Estaba leyendo con la cabeza inclinada, y en esta actitud su pelo en bucles naturales le tapaba parte del rostro. Luego que vió entrar al Baron y á su conductor se levantó, y echando sus cabellos atras con la mano, dejó patente un rostro tan hermoso y una fisonomía tan atractiva, que el Baron se quedó un rato inmóvil en fuerza de la admiracion y sorpresa que le causó. El niño fué corriendo á abrazar al Hermano administrador llamándole en frances *amigo mio*. ¡Cómo! dijo el Baron: ¿es frances este niño? — No, replicó el administrador, es inglés; pero habla ya tres ó cuatro lenguas, y sin eso, es tan dócil, tan cariñoso, tiene tanto deseo de aprender, y es tan aplicado que se ha hecho el queridito de toda la casa; todos en ella aman á Polidoro... — ¿Polidoro se llama? — Sí, señor, ese es su nombre de pila... — Y el mio tambien: quiera el cielo, oh precioso niño, para tu felicidad, que sea esa la única cosa en que te parezcas á mí!... — El tono y gesto del Baron al decir estas palabras llamó la atencion de Polidoro; clavó los ojos en él, y de improviso se le acercó de puntillas alzando la cabeza para abrazarle. Obligado el Baron de esta accion tomó el niño en sus brazos, y estrechándole contra su pecho no sin alguna turbacion: ¡oh amable criatura, exclamó, qué feliz es tu padre!... — Pues en verdad, replicó Polidoro dando un suspiro, en verdad que no lo es!... — No por cierto, añadió el Hermano Moravo, ha perdido una esposa en

¹ Casi todas las mujeres hacen encajes muy buenos. Ninguna mercancía se regatea: los Hermanos Unidos tienen para cada cosa su precio fijo, y siempre con mucha equidad.

quien idolatraba; pero halla en este niño, en la virtud y en el estudio, los únicos consuelos que le quedan despues de semejante desgracia.



En tanto que esto decian, el niño derramó algunas lágrimas acordándose de su madre. Enternecido el Baron volvió á abrazarle, y sentándose le puso sobre sus rodillas. Viendo el administrador que el Baron hacia ánimo de estar algun tiempo en la tienda, le dijo que volveria dentro de média hora, y se fué. Solo el Baron con Polidoro, le miraba sin decir palabra, y él por su parte le consideraba con suma atencion : al cabo de algunos minutos, cogiendo Polidoro la mano del Baron se la besó con sumo amor. ¿Pues qué, precioso niño, dijo el Baron, acaso lees en mi corazon? ¿Conoces todo lo que siento al verte?... — Le quiero á Vd. mucho, respondió Polidoro... — ¿Tú me quieres?... — ¡Oh, mucho, y no adivinará Vd. por qué!... — ¿Pues cómo?... — Es que es Vd. muy parecido á mi papá. Al oír estas palabras sintió el Baron unos latidos de corazon tan violentos, que estuvo un gran rato sin poder articular palabra alguna; pero al fin, levantando los ojos al cielo, exclamó : ¡Podria yo esperar!... el nombre de este niño, el cariño sobrenatural que me inspira, el que él me manifiesta.. todo parece que me

anuncia... ¡Ah! dime por Dios, Polidoro, ¿en dónde está tu padre? Llévame á verle... — Me ha dejado para ir á ver á uno de nuestros Hermanos que está enfermo. — ¿Y ese Hermano dónde vive? — Al lado de nuestro cuarto, aquí encima de la tienda. — Vamos al instante. Entónces se levantó el Baron, y Polidoro tomándole de la mano salió con él, cerró la tienda y le condujo á un cuartito, en el cual hallaron á una criada á quien Polidoro encargó que fuese á buscar á su padre.

El Baron poseido de un temblor universal se sentó, tenia siempre agarrado de la mano á Polidoro. El exceso de su turbacion é inquietud daban á su semblante un aire de locura que intimidaba á Polidoro, y no se atrevia á levantar los ojos para mirarle. Uno y otro estaban callando, cuando de improviso oye pasos. Ya viene papá, dijo Polidoro muy alegre. el Baron se pone colorado, pierde el color, se levanta, vuelve á sentarse por no poder sostenerse; abren la puerta... entra un hombre : El Baron dirige á él su vista tímida y ansiosa... nueve años de penas, sus tormentos y remordimientos, todo se ha olvidado; conoce á su hijo!... Teófilo está á sus piés...

Enajenado Teófilo, y respirando apénas, se halla con inexplicable deleite en los brazos de su padre; un sentimiento tan natural suspendió por entónces la profunda tristeza que le oprimia. Siente correr por su rostro las lágrimas de su padre; oye á aquel padre tan temido, aunque amado, repetir llorando los nombres de Teófilo y Polidoro : le parece que recibe una nueva existencia; pero á poco tiempo un cruel recuerdo alteró aquel gozo, mezclando su amargura con aquellos instantes tan dulces.

Luego que el Baron y Teófilo pudieron hablar y expresar lo que sentian, se dijeron mutuamente lo mismo á corta diferencia. Uno y otro habian experimentado los mas crueles remordimientos, pero habian puesto en olvido sus culpas reciprocas, y solo se acordaban de su arrepentimiento. Teófilo puesto de rodillas imploraba su perdón, en tanto que su padre bañado en llanto le suplicaba que le perdonase sus violencias y tiranías, funestas causas de las desgracias de ambos. Finalmente, despues de haber abrazado e Baron mil veces á Teófilo, tomó en sus brazos á Polidoro, dándole con esto la mayor alegría que estaba en estado de sentir, empleando en aquel niño las caricias del padre mas tierno. Contemplaba Teófilo arro-

bado á su querido Polidoro entre los brazos de su padre; pero en medio de aquel gozo tan puro varias veces salia de su boca el nombre de Olimpia. Entónces se veian en su rostro la expresion del dolor ocupar el puesto de la alegría : de este modo hallaba en su felicidad misma nuevos motivos de sentimiento y de llanto.

Luego que el Baron se hubo sosegado algo, advirtió con dolor la cruel mudanza de la figura de Teófilo : solo el corazon de un padre podia haberle conocido. El tiempo no destruye mas que la frescura de la primera juventud y la hermosura ; pero las desgracias borran hasta la expresion del semblante. Era en vano buscar en Teófilo aquellos ojos tan vivos y expresivos en otros tiempos : toda su persona manifestaba el abatimiento y languidez de su espíritu. Tambien fueron parte para aumentar el dolor del Baron los objetos que tenia á la vista : el cuarto en donde Teófilo había vivido varios años ; aquellas paredes desnudas de adornos, su pobre cama y la de Polidoro... Todo lo que se presentaba á su vista hacia revivir en su alma las mas dolorosas ideas. Finalmente, apretando el Baron entre sus manos la de Teófilo, le dijo : No dilatemos, hijo mio, nuestra partida ; apartémonos de este oscuro asilo en donde has gemido tanto tiempo ; huyamos de este cuarto, cuya vista hiere mis ojos y despedaza mi corazon : volvamos á nuestra patria á conducir á tu hijo á la casa paterna.

Padre mio, respondió el triste Teófilo, cuando Vd. se digna perdonarme y reconocer á mi hijo, yo debo dedicarle mi vida... no hay duda que iré con Vd.... pero permítame que lleve por la última vez á Polidoro á llorar sobre el sepulcro de su desventurada madre... aquí se detuvo Teófilo, sus sollozos le embargaron la voz. No pudo el Baron responderle sino con lágrimas. ¡Oh padre mio! exclamó Teófilo : ¿ será cierto que Vd. honre su memoria con un recuerdo paternal?... ¡Anda, replicó el Baron, ve, hijo mio, y cree que tu padre llora su pérdida tanto como tú!... Á estas palabras Teófilo abrazó estrechamente á su padre : ¡ Ah, le dijo, si Vd. la hubiese amado adoptándola... pero ya no vive! Al decir esto, se apartó Teófilo de su padre, y cogiendo á Polidoro de la mano salió del cuarto apresuradamente.

En tanto que el infeliz Teófilo regaba por la última vez con lágrimas el sepulcro de Olimpia, el Baron prevenia lo necesario para marchar al punto; despues de haberse despedido de los administra-

dores, él, Teófilo y Polidoro se pusieron en camino y llegaron á Utrecht ya de noche. Á la siguiente, luego que Polidoro se hubo acostado, el Baron refirió muy por extenso á su hijo cuanto le había sucedido en todo el tiempo de su separacion.

Á este punto interrumpió la Baronesa su narracion dando fin á la velada, que prosiguió al dia siguiente en esta forma :

Luego que el Baron hubo acabado la triste narracion de sus desgracias, Teófilo tomando la palabra le refirió las suyas. Despues de haber pintado sus remordimientos y el dolor que había experimentado al apartarse de su padre, entró en el pormenor de su fuga, de su llegada á Lóndres, de su casamiento y de su viaje á Escocia. Luego que llegámos á Edimburgo, prosiguió Teófilo, tomámos la precaucion de volver á mudar de nombre. De allí á poco entré en algunas empresas de comercio ; pero como no tenia conocimiento alguno de los hombres ni de los negocios me engañaron y me engañé yo mismo, de suerte que en ménos de ocho meses perdí y gasté mas de la mitad del dinero que había sacado de Francia. Entre tanto mi mujer iba acercándose al tiempo de parir, y á los diez meses de nuestro casamiento parió á Polidoro. Luego que me vi padre acabé de conocer cuán horrorosa era mi situacion : regué con mis lágrimas aquella criatura tan amada, y la pasion que me inspiraba era el mas cruel torcedor de mi afligido corazon ; al tiempo que le abrazaba mil veces con todo el afecto que un padre puede sentir, era tal mi desgracia que no podia dar gracias al cielo porque me le había dado : encerraba con cuidado dentro de mi alma estas penas crueles, ocultándoselas sobre todo á mi mujer. Quería yo que ella me creyese contento con mi suerte, por lo cual me veia privado del consuelo de manifestarle mi corazon. Ya había yo perdido todas las ilusiones que me habían alucinado : ya no era Olimpia á mis ojos mas que una tierna y virtuosa amiga. El amor perdía en fin el dominio sobre mi razon ; la amistad sólida y tierna hubiera podido hacernos mas felices ; ¿ pero sin una confianza íntima de qué alivio puede servir en los pesares? Debía yo, mirando por la tranquilidad de Olimpia, ocultarle mis ideas, mis reflexiones y remordimientos : esta reserva tan penosa se me hacia cada dia mas insoportable. Algunas veces temía que Olimpia no padeciese en secreto el mismo tormento, y esta idea acababa de colmar mis penas.

Es cierto que la igualdad de genio y tierno amor de Olimpia hubieran debido tranquilizarme. Desde el instante en que recibí su mano hasta los últimos de su vida nunca salió de su boca la menor queja; nunca me afligió con reflexiones tristes, ó empleando alguna reconvencion indirecta. Me hablaba muy á menudo de su felicidad, y aparentaba creer que yo participaba de ella; pero es muy natural suponer en otros la disimulacion que uno mismo emplea. Varias veces estando sola la sorprendí bañada en llanto : entónces si la preguntaba la causa, era temblando, y la oia con desconfianza. Siempre atribuia á un exceso de sensibilidad, y á causas absolutamente extrañas de nuestra situacion aquellas lágrimas que vertia á sus solas; entónces me era preciso fingir que la creia, y esta era otra pena mas : de este modo pasámos tres años en Escocia. Al cabo de este tiempo, ya casi del todo disipado el dinero que yo tenia, me resolví á poner en el fondo perdido sobre la vida de mi mujer y de mi hijo quince mil libras que me quedaban. Mi mujer deseaba volver á Inglaterra, yo vine en ello, y marchámos sin dilacion. Luego que llegámos á Lóndres no pensé mas que en colocar bien los tristes restos que me quedaban de mi naufragio, aquellas quince mil libras que podian á lo ménos asegurar la subsistencia de mi mujer é hijo. Concluido este negocio como yo deseaba, nos retirámos á un lugar poco distante de Lóndres, en donde hubiera podido conocer la felicidad, á no ser por los crueles recuerdos que me privaban del sosiego, bien el mas precioso que se puede hallar en la soledad. No echaba yo de ménos ni las riquezas ni la magnificencia, y sí solo la gloria : gemia al verme á veinte y dos años expatriado, sepultado en una aldea con la triste víctima de mi locura, y un niño infeliz destinado á vivir en el abatimiento y miseria. Tampoco podia apartar de mi imaginacion la idea penetrante de las penas que causaba á un padre, á quien nunca he dejado de amar en extremo : me parecia, padre mio, que le veia á Vd. espirar de dolor, maldiciendo al hijo culpable que le habia abandonado. Esta horrorosa imágen me perseguia en todas partes : de dia me oprimia, y por las noches me espantaba con los sueños mas funestos. Mil veces me he despertado bañado en sudor frio en medio de las convulsiones, el terror y desesperacion, gritando : *¡ Padre mio, no acabe Vd. esa horrible maldicion!...* Grito terrible del remordimiento que turbaba á menudo el sueño de mi hijo, penetrando

hasta lo íntimo del corazon de la sensible y desventurada Olimpia.

Dos años se habian pasado despues de nuestra vuelta á Inglaterra, cuando un suceso imprevisto nos sepultó en el abismo de las desgracias. El hombre en cuya casa habia impuesto mis quince mil libras, quebró, perdiendo yo de este modo cuanto poseia en el mundo... Excuso á Vd., padre mio, la pintura de lo que padecí en aquellos primeros instantes... hallé en fin en los sentimientos de esposo y de padre el valor que necesitaba. Habia aprendido á dibujar en mi juventud; esta habilidad, que era todo mi recreo en mi soledad, fué un recurso útil en nuestro desastre. Yo conocia en Lóndres á un célebre grabador; á este pedí me buscara trabajo, como lo hizo, y seis meses despues satisfecho de mi habilidad, me ofreció un alojamiento en su casa, que yo acepté. Era este hombre Hermano Moravo, y habia estado cuatro años en Zast : me hablaba á menudo de este establecimiento; de suerte, que en breve determiné retirarme á este asilo : Olimpia manifestó el mismo deseo. Hablámos á nuestro generoso protector, el cual nos recomendó muy particularmente á los administradores, y fuimos recibidos. Luego que llegámos á Zast dejó Olimpia su vestido á la inglesa, para



ponerse el uniforme de la casa. No puedo explicar lo que sentí el verla por la primera vez cubierta de aquel tosco sayal... su belleza en aquel traje sobresalia mucho mas : mirábala yo con un enterne-

cimiento doloroso; y ella que leyó en mi corazón, queriendo distraerme de aquellas crueles ideas, me aseguró estaba muy contenta con su nuevo vestido, y que nunca había llevado otro más de su gusto. Me arrojé á sus pies regando con mis lágrimas la mano que me alargaba, y ella me abrazó diciendo, que no alcanzaba la causa de mi aflicción; pero en tanto que decía esto el llanto inundaba su hermoso rostro...

No pude hallar en Zast ni la felicidad que había perdido para siempre, ni el sosiego que huía de mí. Consagré á la educación de mi hijo todos los instantes que no empleaba en el trabajo: amaba tiernamente á este niño; pero aun este sentimiento tan natural era para mí un manantial inagotable de inquietudes y de penas. Aun cuando hubiese podido considerar sin horror su suerte venidera, ¿cómo podía esperar de mi hijo una sumisión que yo no había tenido con mi padre? Creyéndome cargado de la maldición de este padre justamente irritado, ¿cómo podía lisonjearme de que el cielo me hubiese dado un hijo dócil y agradecido? Estos pensamientos tan crueles despedazaban mi alma; pero en breve un temor espantoso é inopinado me hizo conocer que aun había para mí penas más crueles que todas las que había padecido en el tiempo de mi expatriación.

La salud de Olimpia iba descaeciendo visiblemente, pero ella conservando siempre su acostumbrada dulzura, jamás se quejaba. Me respondía constantemente que no tenía mal ninguno: con todo hice venir de Utrecht un médico que al principio calmó mis inquietudes; pero pasados tres meses pareció entrar en cuidado, y pronunció en fin la terrible sentencia que me entregaba á un dolor eterno... Mucho tiempo había que Olimpia conocía su situación; la religión y el infortunio le hicieron arrostrar la muerte con serenidad. Un sacerdote que vivía en Utrecht venía á verla en secreto. Le tuve en mi cuarto tres días... ¡Ah! ¡quién podrá borrar jamás de mi memoria el horroroso recuerdo de aquellos tres deplorables días!... ¡No tendré, padre mío, el valor de pintar aquellos instantes llenos de horror, y lo he tenido para vivir!... pero Olimpia me impuso esta ley... mi vida era necesaria á mi hijo... Tome Vd., prosiguió Teófilo vertiendo un mar de lágrimas, tome Vd., lea esta carta; este escrito sagrado para mí, encierra la última voluntad de Olimpia: su confesor me lo entregó en el instante mismo en que el exceso de

mi desesperación iba sin duda á precipitarme. Diciendo esto sacó el desventurado Teófilo de una cartera la carta que Olimpia le había escrito el día antes de su muerte. El Barón sufocado con la abundancia de sus lágrimas se arrojó en los brazos de su desgraciado hijo: gran rato estuvieron abrazados sin poder expresar los sentimientos que despedazaban sus almas sino con sollozos y gemidos... Tomó en fin el Barón la carta de Olimpia, y después de haberse enjugado los ojos, leyó lo siguiente:

« He querido saber la verdad... acaban de decirme que este día será quizás el postrero de mi vida... ¡Teófilo!... ¡Con que para siempre voy á desaparecer de tu vista! ¡El vínculo sagrado que nos une, esta noche ó mañana se verá disuelto! ¡Mañana, Teófilo y Polidoro se apartarán para siempre de Olimpia!... ¡Ah! que á lo ménos estos renglones me traigan á la memoria de mi esposo y de mi hijo, que sirvan para manifestarles mis verdaderos sentimientos, y el fondo de mi corazón, y que esta confesión mía, haciendo á Teófilo que ame cada vez más la virtud, pueda ser algún día una lección útil para mi hijo. ¡Oh tú que me has sacrificado todo, tú á quien he privado de padre, familia y patria! ¿cómo has podido creer ni un solo instante que yo estuviese resignada con mi suerte?... No, Teófilo, había yo leído en tu alma, conocía todas tus penas, y te ocultaba las mías, que han sido mucho mayores. Entrambos hemos conocido la voz de la razón en el profundo abismo en donde nos precipitaron las pasiones; nuestros yerros mismos han destruido la ilusión que nos ha perdido. ¿Y quién podrá mejor que los remordimientos hacer renacer la razón, y manifestar la verdad?... El amor te hizo faltar á las más sagradas obligaciones; pero en breve recobró la naturaleza todos sus derechos, y ya no consideraste en la triste Olimpia más que el objeto infeliz, causa de todas tus penas, y cómplice de tus yerros. Perdiendo tu amor no he podido siquiera tener la esperanza de ser tu amiga. ¿Qué confianza puede haber entre dos culpados que conocen sus errores, que gimen sobre su ceguera, que se ven imposibilitados de expiarla, y que se atribuyen mutuamente sus desgracias?... Era preciso callar; ¡pero qué esfuerzo! ¡y qué penoso fué para mi alma! ¡Cómo, después de siete años, este corazón únicamente ocupado en ti y en mi hijo, este corazón despedazado no se ha atrevido jamás á manifestarte un solo instante! Siempre solos, y siempre juntos, el cuidado

de engañarnos y de disimular ha sido nuestra principal ocupacion... La razon, la compasion y la amistad misma nos imponian esta ley... ¡La amistad nos prohibia la confianza!... ¡Situacion igualmente rara y rigurosa! ¡Y podré llorar mi muerte!... ¡Ah Teófilo! La idea de una eterna separacion es sin duda alguna igualmente dolorosa y terrible, pero cuando conocieres cuán grandes son los tormentos de que me libra la muerte, no es creible que gimas sobre el destino que nos aparta... ¿Y cómo es posible sobrellevar la vida viendo á lo que se ama en la mayor desgracia, y siendo nuestros males nuestra propia obra? Yo sola soy la causa de nuestras desgracias; mi imprudencia dió á tu padre pretextos y justas causas de faltar á su palabra. Yo habia perdido mi reputacion; tu padre me negó por hija, y podia hacerlo justamente. No hay duda que la ambicion le hizo tiránico; pero la naturaleza le habia dado una autoridad sin limites y de que podia usar: tú no podias rebelarte sino faltando á la mas santa de todas las obligaciones... ¡Ah! ¡Si consultando mas la razon hubieses abjurado el insensato y culpable proyecto de huir y abandonar la casa paterna, el tiempo y tu constancia, no lo dudes, hubieran ablandado á tu padre! ¿Por qué añadir la traicion á la desobediencia? ¿Por qué no le decias: « Mi corazon ya no es mio, Vd. mismo me ha hecho entregarle; no puedo « disponer de mi mano sin su consentimiento. Vd. me niega la licencia que imploro, me someto á ese rigor; pero no exija Vd. « que me haga perjuro, no me obligue á formar otra union, y por « mi parte le prometo no volver á ver el objeto de una pasion tan « desgraciada... » Hé aquí el saludable consejo que yo hubiera debido darte cuando fuiste á participarme tu funesto designio. Declarándolo todo á tu padre, y hablándole con una noble sinceridad, no hay duda que le hubieras irritado, pero te amaba. Lo mas que pretendia cuando te amenazaba y se mostraba inflexible era amedrentarte. ¿Cómo es posible creer que hubiese castigado con severidad una resistencia acompañada de tanta sumision, una resistencia que tantos motivos hacian á lo ménos excusable? ¿Hubiera podido resolverse á privar de la libertad á su hijo único y toda su esperanza? No, no lo creas; seguro de tu firmeza y constancia, tarde ó temprano hubiera condescendido con nuestros deseos... ¿Es posible que en el instante de perdernos no nos haya ocurrido este pensamiento? Pero me amenazabas con quitarte la vida; el espanto me privaba

de la reflexion, y el amor te cegaba. Si yo hubiese tenido algo mas de juicio y experiencia hubiera podido convencerte; á pesar de mis temores y presentimientos estaba léjos de prever todos los tormentos que he padecido. Si hubiese yo podido leer en lo venidero, te hubiera convencido de que valia mil veces mas renunciar el uno al otro, anulando nuestros mutuos juramentos, que no precipitarnos en este abismo de males. Supongamos que yo hubiese tenido bastante valor y generosidad para determinarte á casar con la que aborrecias; supongamos que la Condesita hubiese justificado tu aversion con su conducta: con todo ¡qué consuelo no hubieras hallado en ti mismo y en el seno de tu padre! ¡qué distracciones no hubieras hallado en el mundo, en las diversiones y en los negocios! Los sentimientos de la naturaleza y el amor de la gloria hubieran llenado tu corazon é ilustrado tu vida: hubieras en fin conocido la dicha de tener hijos, y de poder decir: « Les daré una excelente educacion, « les dejaré cuantiosos bienes, y un nombre que nadie podrá disputarles... » Y yo volviéndome á mi provincia llevaba por consuelo mi inocencia y el recuerdo de un sacrificio virtuoso, y hubiera podido disfrutar de los placeres que ofrecen la soledad y el descanso... ¡Ah, si en el instante en que me arrastrabas á mi perdicion, una amiga compasiva me hubiese hecho hacer estas reflexiones!... Pero huérfana, infeliz, me veia privada de mi único apoyo; mi tia habia muerto; no tenia quien me guiase, y amando el honor y la virtud mas que mi propia vida, he sacrificado uno y otro... ¡Y la insensata y presuntuosa juventud teme los consejos y desea la independencia! ¡Oh Polidoro! algun dia leerás esta carta: sírvate para desconfiarte de ti mismo, sírvate para conocer que el talento y la intencion pura no pueden servir de experiencia; sírvate en fin para convencerte de que las pasiones no hacen mas que extraviarnos y causarnos mil desgracias, y cree firmemente que solo en la práctica de la virtud se halla la verdadera felicidad... ¡Á Dios, Teófilo!... Me atrevo á esperar que tu suerte en lo venidero será mas feliz... Tu padre vive... ¡Ah, no sea parte mi memoria para turbar vuestra felicidad, si el cielo permite que vuelvas á verle!... Considera que aun cuando tu padre me adoptase y reconociese por su hija, no podria hacerme feliz... ¿Con qué rostro me atreveria yo á presentarme delante de las gentes, despues de haber faltado á todas mis obligaciones?... Tú puedes presentarte sin vergüenza: sin duda

eres culpado, pero te queda el honor... y la mujer á quien el amor alucina y extravía, queda envilecida. He vivido en la oscuridad devorada de remordimientos, pero á lo ménos no he tolerado ni el peso de la vergüenza, ni el horror del desprecio público... No he visto á mi esposo avergonzarse del lazo fatal que nos une .. Tal es mi suerte... ¡No hay suceso que pueda volverme la felicidad, ya no la hay para mí en la tierra!... ¡Á Dios, querido y desgraciado Teófilo!... ¡Vive para tu hijo, sírvate ese hijo querido de consuelo en las penas que te ha causado su madre! Este es el postrer voto de mi corazón... Sírvate la religion que me fortifica para consolarte... Dios reprobó nuestra union; él nos separa... Adoremos su justicia y sujetémonos. »

¡Ah, exclamó el Baron despues de haber leído esta carta, querida Olimpia, víctima desgraciada de mi injusticia y ambicion! ¡De qué felicidad me he privado á mí mismo rehusando adoptarte por hija! ¡Oh hijo mio, vuelvo á encontrarte, pero no podré hacerte feliz! ¿Y aun yo podré serlo?... — Padre mio, respondió Teófilo, yo le consagraré á Vd. mi vida; pero renuncio para siempre al mundo: retirado, oculto en la casa paterna, solo para Vd. y para mi hijo quiero vivir. — Pues bien, dijo el Baron, dediquémonos enteramente á la educacion de Polidoro: pase léjos del mundo su niñez y los primeros años de su juventud: formemos en la soledad su corazón y entendimiento: conozca las delicias de la vida campestre y de los placeres sencillos, para que algun dia cuando se halle en medio del tumulto de una vana disipacion, pueda desearlos como los únicos placeres puros y verdaderos.

Aprobó Teófilo con gusto un proyecto tan conforme á su inclinacion, y se puso en ejecucion al instante. Compró el Baron una hacienda á cien leguas de Paris, y se retiró á ella con Teófilo y Polidoro. Si algunas memorias tristes le impidieron de disfrutar una felicidad perfecta, halló á lo ménos toda aquella de que podia gozar. El cuidado y la ternura de Teófilo, y las virtudes del jóven Polidoro, hicieron el consuelo y delicias de sus últimos dias. Tuvo ántes de morir la satisfaccion de asegurar la dicha de Polidoro escogiéndole una esposa amable y virtuosa, que fué el ídolo y la gloria de su esposo y familia.

Calló la Baronesa, y como aun era temprano se habló algun tiempo.

Mucho me gusta, dijo el abate, la descripcion de *l'Ange-Sund*. La vieja de noventa y seis años y el banquete de familia que el Baron presenció me hacen acordar de una funcion muy parecida á aquella... — Háganos Vd. el gusto de referirla, señor abate. — De buena gana. Hallándome en Rusia, viajaba por el mes de Julio en la Livonia⁴ con un ruso amigo mio; quiso que nos detuviésemos en una casa de campo, de la cual era dueño uno de sus parientes. El aspecto de dicha casa me dejó admirado, pues mas bien parecia una pequeña ciudad, que una casa grande. Se componia de un espacioso edificio rodeado de otros doce mas pequeños, que se comunicaban todos por medio de galerias cubiertas. Eran las nueve de la mañana cuando llegámos á esta habitacion. Hallámos á todos los criados muy ocupados: mi amigo preguntó por el señor Novorgevo (que era el dueño de la casa) y le dijeron que una de sus nietas acababa de parir. Siendo así, prosiguió mi amigo, lo mejor es irnos á pasear un rato, y diciendo esto nos apartámos de la casa. Entónces le hice yo varias preguntas, á las cuales satisfizo del modo siguiente: Novorgevo, me dijo, es un anciano venerable de setenta y cinco años: goza de unos bienes considerables que á nadie debe mas que á sí mismo. Este sitio le ha visto nacer, pero nació en una choza. Su padre era labrador, y no poseia mas que el sitio en donde despues se construyeron esas habitaciones, algunos pedazos de tierra aquí inmediatos, y el bosque adonde vamos á pasearnos. El jóven Novorgevo hizo de edad de catorce años un viaje á Riga; un negociante pariente de su padre se encargó de él; manifestó el muchacho mucha aplicacion y talento, se instruyó, y su pariente formó tan buen concepto de él, que le envió á Petersburgo con algunas cartas de recomendacion, seguro de que para adelantarse no necesitaba mas que darse á conocer. En efecto, en un país en donde se puede, sin la ventaja del nacimiento, aspirar á los honores y puestos mas brillantes, no podia el jóven Novorgevo dejar de hacer un gran papel. En breve tiempo halló protectores y siguió la carrera de las armas. Despues de haber manifestado en la guerra igual prudencia y valor, fué llamado y empleado en la corte. En este tiempo tuvo la desgracia de perder á su padre: dos hermanas le quedaban que

⁴ La Livonia es una de las mas hermosas provincias de la Rusia; es tan fértil en granos que se la llama el granero del Norte. La capital de esta provincia es la grande y rica ciudad de *Riga*.